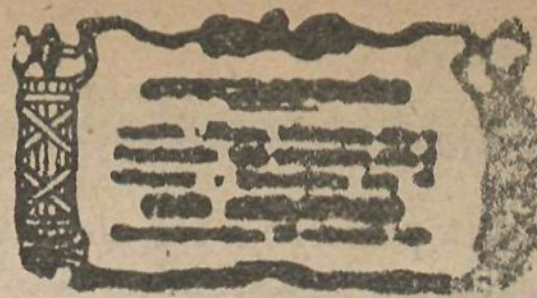




EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 9 Abril 1914.-Número 15.

Sucursales:
Rivadavia, 900
Buenos Aires

Hablemos de Lerroux

Introducción

Voy á juzgar los actos últimos del hombre en quien más confiábamos todos para derribar la Monarquía, no sólo por sus excepcionales condiciones de entendimiento, audacia y don de gentes, sino por contar casi en absoluto con las masas en la región de España donde más conscientes son.

Y voy á juzgarlos con la serenidad de quien nunca sintió emulaciones malsanas, ni intervino en luchas que incuban odios, ni se dejó llevar por otros impulsos que los nacidos del deseo de ver establecida la República.

Y al juzgarlos, prescindiré de todo cuanto se le ha echado en cara á Lerroux sobre la procedencia de los medios con que ha contado ó cuenta; como hubieran prescindido hasta sus más encarnizados enemigos, si hubiera hecho algo, aunque no todo, de lo que de él se esperaba.

Mañana no por esto quedará atenuada su responsabilidad política. La ha contraído tanto ó más por lo que ha dejado de hacer, que por lo que ha hecho.

Haber contado tan en absoluto con la región catalana durante doce años, y no haber realizado nada grande si se exceptúa aquella su brava y patriótica campaña contra la Solidaridad, esto no puede serle perdonado. Ningún otro republicano, ni el mismo Ruiz Zorrilla, dispuso nunca de los elementos que él.

Y aquí sí que no caben dudas: los catalanes hubieran ido á donde él los llevara. Por creerlo así, pudo repetir tantas veces y tan jactanciosamente, aquello de que los gobiernos de la restauración no podían gobernar sin él. Y que los gobiernos lo creyeron, pruébalo la influencia que Lerroux alcanzó en tiempos de Moret, de Canalejas y de Romanones. Y la que alcanza todavía en los presentes con Dato. Luego es innegable que pudo hacer y no hizo.

Una frase al quite

¿Que no pudo, por que mientras Lerroux conspiraba contra la Monarquía, los demás republicanos conspiraban contra Lerroux?

Esta frase de Estévez, tan explotada por los lerrouxistas, ha sostenido á Lerroux hasta ahora.

No pongo ni un pero á la frase, ni niego que Lerroux haya conspirado. Pero pregunto:

¿Cómo y en qué forma han conspirado los republicanos contra Lerroux? ¿Qué

plan revolucionario le han deshecho? ¿Les dió cuenta ó participación en alguno, y lo traicionaron ó lo delataron? Y si Lerroux conspiraba solo, ¿cómo pudieron saberlo los demás? Y si lo supieron ¿cómo conspiraba Lerroux?

¿Que conspiraban contra él esparciendo noticias que no le favorecían, lo cual sembraba desconfianzas y recelos en quienes habían de ayudarle?

¡Bah! Esto es cándido. Al revolucionario de veras, en vez de quitarle fuerza, se la dan esos ataques. Sin los constantes que Lerroux ha recibido, mucho antes hubiera caído. ¿Cuándo despertó más entusiasmos Lerroux, ni cuando sumó más fuerzas, sino cuando le atacaban todos?

Creo, pues, que es hora ya de sustituir la socorrida frase por esta otra:

«Contra Lerroux no ha conspirado nunca nadie más que Lerroux.»

Declaración necesaria

Pero antes de comenzar á emitir mis juicios, no estará demás poner á mis lectores en algunos antecedentes acerca de la manera con que procedí siempre con Lerroux. Si no lo he hecho en los tres números anteriores, ha sido por aguardar á que se dieran de baja en EL MOTÍN todos los lerrouxistas (no todos los radicales) que estaban suscritos ó que lo compraban, para no exponerme á que supusieran que trataba de contenerlos.

Como supongo que no queda ya trasconejado ninguno, voy á indicar algo de lo que he hecho y de lo que no he hecho en relación con Lerroux, para que se vea cuánto me interesaban sus éxitos y que no he contribuido absolutamente en nada á su fracaso.

Mi proceder

Yo he defendido constantemente á Lerroux, si no adulándole como los que esperaban algo de él, acta, concejala, ó representación dentro del partido, evitándole contrariedades que pudieran quitarle popularidad. De las tres únicas veces que nos hemos visto desde que salí de la cárcel, dos han sido por venir él á demostrarme su agradecimiento por algo.

Yo he cortado durante años las relaciones con algún amigo íntimo por haberle atacado en público, aun no creyendo injustificado el origen del ataque.

Yo jamás copié en EL MOTÍN los cargos que por unos y otros se le hicieron, ni difundí los juicios desfavorables á su persona ó á su política.

Yo, cuando le vi puesto en entredicho por el inoportuno lavatorio de manos de Azcarate y Pablo Iglesias al discutirse en el Congreso la cuestión de las aguas de

Barcelona, y la del yeso, la cal y el cemento, dediqué casi tres números á condenar á sus contrarios.

Yo, en fin...

Me detendré aquí. No debo decir más.

Si alguien duda de algo de lo que digo, que lo interroge á él; y si me desmintiere en un sólo punto, sírvase comunicármelo, para poder yo decirle:

«Señor Lerroux:

Nombre usted tres, cuatro ó cinco amigos de los prestigiosos de su partido, ante quienes pueda yo probar lo afirmado y justificarme de los cargos que los suyos me han hecho. Ante caballeros se puede hablar de todo: hasta de lo que al público no debe decirse. Por lo menos yo.»

Y si en la conferencia no demostrase que había mirado siempre por el prestigio político de Lerroux más que él mismo, me comprometo desde ahora á darle en público cuantas satisfacciones me exija; que á mí jamás me dolió reconocer mis faltas ni confesar mis errores.

Y dicho esto ahora que supongo que no le queda ni un sólo abonado lerrouxista á EL MOTÍN, y, por lo tanto, nadie puede sospechar que lo hago por no perder lectores, juzgaré por última vez, á la ligera, sin acrimonia y hasta con pena, algunos puntos de la política del hombre que fué la esperanza mayor de los republicanos durante muchos años.

Engañado y estafado

Comenzaré explicando la razón que tuve para felicitar al pueblo de Barcelona por haber derrotado en las últimas elecciones á Lerroux.

Pero suplico á mis lectores que no se rían. Fué por esto: porque me indigné; lo que es imperdonable á mis años. Un viejo no debe indignarse por nada. La indignación impotente es ridícula. Y me indigné, porque me sentí engañado, estafado... No por Lerroux: por mí.

Cuando se negó Lerroux á unirse con todos los republicanos hasta que no pasaran las elecciones, pensé que lo hacía para que no se creyera que llevaba miras interesadas. Y me pareció muy bien. Siempre condené las uniones que se pactaron en esas circunstancias, por egoístas, falsas, efímeras é inmorales.

Al ver luego que se unía á los nacionalistas, precisamente para ir á las elecciones, me hubiera abofeteado de buena gana: por cándido... Y me creí autorizado para deducir, que Lerroux no había aplazado la unión con todos los republicanos por las razones que yo pensé, sino por qué, contando de antemano con el triunfo del partido radical, le sería fá

cil imponerse á las demás fracciones al pactarse la unión.

La presentación de la candidatura de prestigios colmó mi indignación y desdibujó para mí la figura de Lerroux como político; mejor dicho: la borró por completo. ¡Haberlo creído hábil y previsor, y encontrarme con aquél!

¿Por qué presentó la candidatura, y á última hora? Por creer, dijo, que se había ofendido á su partido no dándole un puesto en la republicana.

Razón inadmisible. El hombre que acababa de unirse á los nacionalistas, sus constantes detractores, no podía alardear de exquisiteces de amor propio.

¿Que lo hizo para impedir el triunfo de los reaccionarios en Cataluña? Muy bien. Pero entonces ¿por qué no ahogo de igual modo sus resentimientos personales ó de partido, para no contribuir á que triunfasen los conservadores en Madrid? ¿Por qué, lo que era político y patriótico en Cataluña, en Madrid dejaba de serlo?

Y aun admitiendo que cedió realmente á un sentimiento de indignación, impropio en un jefe de partido, ¿no se le ocurrió que iba á favorecer á los monárquicos dividiendo en Madrid las fuerzas republicanas?

Porque aquí no caben distinguos, ni valen disculpas.

Si obró por despecho, no debe perdonarsele. Un jefe de partido no puede inspirar sus actos en ese móvil.

Si no previó las consecuencias, queda inhabilitado para continuar dirigiendo masas, que podría llevar por una torpeza parecida á una catástrofe grave.

Y si adoptó aquella resolución á conciencia, sería peor aún.

Por esto, al enterarme de la presentación de la candidatura, dije á quien me lo dijo:

«¡Lerroux se ha suicidado, sea cualquiera el resultado de la elección!»

Y así ha sido, por que tenía forzosamente que ser así.

Y es lo menos malo que ha podido pasarle.

Triunfando, como ha triunfado, la candidatura republicana, ha quedado Lerroux vencido y además en ridículo.

Mas si llega á triunfar la conservadora, todos los epítetos deshonrosos de la Lengua castellana habrían salido por su propia iniciativa del diccionario para caer furiosos sobre él.

Y con justicia.

A elegir

¿No había más radicales en Madrid que los que votaron la candidatura presentada por Lerroux?

Pocos eran entonces para justificar su resentimiento por no haberle ofrecido la Conjunción un candidato. ¿Se lo hubiera dado Lerroux en Barcelona á la Conjunción si lo hubiere pretendido?

¿Había más radicales? Pues esto probaría que la presentación de la candidatura de prestigios les pareció á muchos

radicales tan mal como á los Conjuncionistas.

Elijase entre estos dos términos.

El vértigo de las alturas

De algún tiempo acá ha ido Lerroux de torpeza en torpeza. Convergamos en que solo han sido torpezas.

Declararse gubernamental *a priori*, cual si con esto fuera á atraerse á los que nunca vendrán á nosotros sin imponerles el triunfo.

Consentir, para demostrar que están á su lado personas de buena posición, que le den banquetes de á seis duros cubierto, ante la vista de la España que emigra ó muere de hambre.

Justificar, sin verse siquiera compelido á ello, el fusilamiento de un hombre que pretendió sublevarse por la República, y por cuyo indulto no había hecho lo que más tarde hizo por el del *Chato de Cuqueta*, razón en la que se fundó un escritor notable para separarse del partido radical: Pío Baroja.

Declarar en un mitin, por disculparse de no haber ido á la revolución, que no contaba ni con un fusil, sin comprender que esta declaración, si noble por lo franca, desmentía afirmaciones anteriores, y demostraba, ó incapacidad revolucionaria, ó absoluta carencia de prestigio para hacer un empréstito con que poder comprar muchos.

Unirse á los nacionalistas.

Presentar la candidatura de prestigios.

Todo esto revela que Lerroux, que no sintió desfallecimientos al subir, ha sentido al verse arriba lo que llaman el vértigo de las alturas, y ha perdido por completo la noción de lo que era, lo que valía y lo que representaba el pueblo catalán.

A Lerroux le ha faltado, para llegar del todo, no haber creído que podía averse á todo para llegar.

La ciega confianza en el éxito suele conducir a Waterlód.

El gubernamentalismo

Otro error grande de Lerroux: hacer público alarde de gubernamentalismo. Aquel día perdió su personalidad.

Como revolucionario era el primero para los monárquicos, y para la mayoría de los republicanos. Como gubernamental, se puso al nivel de un Melquiades cualquiera.

No he comprendido nunca qué necesidad tiene de declararse gubernamental el hombre que aspira á gobernar. Al nombrar la nieve, queda supuesta la blancura.

Esto sin entrar ahora á discutir si lo gubernamental en un revolucionario consiste precisamente en imponer y conservar á cualquier costa todos los principios que informan su credo.

Caciquismo y dictadura

¿Que si creo que Lerroux no tiene ya todavía quien le siga? ¿Qué he de creer yo eso? Lo que si creo es, que no le siguen ya con la ceguera de antes. Lo que

él mandaba, no se discutía: se hacía. Agradase ó no.

Hoy ha cambiado esto. Cuando ordena que se vote á los nacionalistas, miles de sus partidarios le desobedecen.

Que se empeñara ahora en hacer concejales á algunos de sus íntimos que lo han sido ya en Barcelona, y llevaría un desengaño mayor: no por ser él quien lo mandaba, sino porque ya se discuten sus mandatos. Y mandato discutido, disciplina rota.

Seguramente le obedecerían todos, aun aquellos que están apartados de él, si les ordenara seguirle para lo que tantas veces les ofreció, sin cumplirlo ninguna: dar la batalla decisiva á la Monarquía en otro terreno que el electoral.

Que es precisamente para lo que se fundó el partido radical. Para eso, y para romper los moldes viejos, acabando con el caciquismo republicano, anulador de energías.

Respecto á lo primero, hacer la revolución, ya oímos há poco á Lerroux: no cuenta ni con un fusil. Y en cuanto á lo de la muerte del caciquismo, vale más no hablar. Caciquismo mayor que el ejercido por él, jamás se vió en el republicanism. En el partido radical llegaron á serlo todo, aquellos que á él le plugo: los que no obtuvieron su gracia, nada fueron. Valieran lo que valiesen.

Mejor que caciquismo, merecería en gestión el nombre de dictadura.

¡La dictadura! La propuse un día para salvar á España y no me arrepiento: volvería á proponerla si vislumbrase la silueta de un hombre. No voy, por tanto, á condenar á Lerroux en nombre de la democracia, por haber pactado con sus enemigos los nacionalistas sin consultar á su partido. Pudo creer que no era necesario, después de haberle visto votar, disciplinado ó sumiso, los candidatos para concejales y diputados que él les impuso, alguno sin conocerlo siquiera los electores. Me refiero á D. Toribio Sánchez. El jefe lo ordenaba, y se le obedecía.

Pero el dictador no puede ser desobedecido ni una vez, y Lerroux lo ha sido ahora por los millares de electores que se han retraído en Barcelona. Tiene, pues, que renunciar en absoluto al «orden y mando». Y Lerroux sin el orden y mando, no es Lerroux.

Las democracias pueden rectificarse sin perder autoridad. Las dictaduras mueren cuanto se rectifican.

Situación despejada

¿Que cómo, confesando que Lerroux tiene fuerza todavía, he dicho que Barcelona ha prestado al partido republicano, no votándole ahora, tan gran servicio como el que le prestó antes á la patria creando su figura frente á la Solidaridad?

Porque dada la situación en que se ha colocado, Lerroux no es, ni puede ser ya para los republicanos, ni lazo de unión, ni esperanza, ni garantía.

Si antes de sus últimos actos había tantos que desconfiaban de él, ¿qué no

ocurrirá ahora que ha caído tan al descubierto?

Mal, muy mal hemos quedado los republicanos después de la caída de Lerroux; pero mejor que antes. Por de pronto, con la situación más despejada. Ya sabemos que no hay que contar con él para las contingencias del porvenir.

Hubiera sido mejor lo contrario: indudablemente. Marchar unidos todos, sin sentir recelos ni desconfianzas mutuas, poniendo cada cual de su parte lo que pudiera para llegar cuanto antes al término deseado... Este ha sido el ideal constante de cuantos sintieron y sienten honda y desinteresadamente la idea republicana.

Pero ¡ay! la ambición sin grandeza de unos; el afán de predominio de otros; el endiosamiento que suele apoderarse de casi todos los que se ven seguidos ciegamente por la masa popular, han ido dificultando y dilatando esa unión tan necesaria como anhelada.

Se hará al fin, por que sin ella no es posible llegar a la República, mas será cuando se vaya dando a todos los jefes y caciques la lección que el pueblo de Barcelona acaba de dar a Lerroux.

Y por la cual lo he felicitado. Y vuelvo a felicitarle.

Insistiendo

Si, lo repito: a Lerroux le seguirán siendo fieles muchos republicanos en Cataluña.

La condición que más avalora el carácter catalán, es la seriedad en sus pactos, la tenacidad en sus empresas y el tesón con que defiende lo que una vez juró defender.

Pero estas grandes cualidades están supeditadas siempre a la justicia que las impulsa: esa justicia que movió al pueblo catalán a proclamar jefe a Lerroux, mas sin enagenar definitivamente su independencia de criterio, como acaba de probarlo en las elecciones últimas. Obediencia y disciplina, siempre y cuanto se quiera; sumisión y servilismo, nunca.

Si a juicio de aquel pueblo impetuoso y tenaz, Lerroux no hubiese arriado la bandera que enarboló a su llegada, le habría seguido con entusiasmo hasta el fin. Mas como la fe ha ido desapareciendo, el entusiasmo vacila ya.

Y gracias a esa seriedad y tenacidad del pueblo catalán, Lerroux, al ser vencido ahora, no se verá de golpe abandonado. Los que en el momento de la derrota estaban a su lado, repetirán por espíritu de lealtad el *jare mes que may!* Y no pocos de los que estuviesen retraídos, volverán a las filas por nobleza de espíritu.

Por esto puede estar seguro de no verse aislado, del todo en mucho tiempo, a no ser que nuevos actos suyos de la índole de los que acaba de realizar, acaben de convencer a los catalanes de que Lerroux no es el hombre que habían soñado.

En auxilio de Lerroux vendrá también otro factor importante: el ataque de los enemigos; sobre todo el ataque exagerado, y por lo tanto injusto, y por lo mis-

mo irritante. Para defenderle del ataque y compensarle de la injusticia que con él se cometa, muchos para quienes era ya casi indiferente, simpatizarán de nuevo con él.

Esto aplazará por algún tiempo la anulación completa de Lerroux, mas no la evitará; y menos si, interpretando mal estos rasgos del carácter catalán, quiere hacerlos servir exclusivamente al robustecimiento de su jefatura, y gasta en este ineficaz empeño el prestigio que aun le queda.

Porque entonces, seguro es que le dirán sus partidarios:

«Te lo hemos dado todo: renombre, fama, fuerza, autoridad. Hemos acatado sin discutir tus mandatos. Si ha habido que exponer la libertad o la vida, nos has encontrado siempre dispuestos. En muchos hogares hay huellas de lágrimas y en algunas calles de sangre por secundar tus iniciativas, sin que hayas escuchado jamás una queja, porque para nosotros la palabra deber va siempre unida a la idea del sacrificio. Por contar con nosotros, has sumado muchos partidarios en España, y hablado de igual a igual a los gobiernos de la restauración. Hemos reñido batallas con todos tus enemigos y tomado como dirigidas a nosotros las ofensas que te han hecho. Y no hemos hecho más, porque no nos has pedido más. Y lo hemos hecho, porque al llegar a nosotros, nos hablaste de romper los moldes viejos de la política, y de revolución, y de República, y combatiste enérgicamente a la reacción que nos ahogaba. Dinos en qué región de España hubieran podido darte más.

¿Y todo para qué? Para que hayas acabado abrazando aquí a los que te escarnecieron, y dividiendo a los correligionarios fuera; para hacernos soportar la vergüenza de que puedan hoy ufanarse ostentando la representación en Cortes de Cataluña los reaccionarios que con nuestra ayuda combatiste; y, lo que es peor que todo eso, para encontrarnos a los doce años de haber seguido ciegamente tus inspiraciones, obligados a desobedecerte, por ordenarnos algo que rechaza nuestra dignidad de hombres, nuestro cariño a España y nuestra altivez de catalanes, según tú mismo nos dijiste tantas veces.»

Y el día que sus partidarios le hablen así, será el último día político de Lerroux.

Y se lo dirán, tarde o temprano.

Fin de una leyenda

La situación de Lerroux, apasionamientos a un lado en pro o en contra, es la siguiente:

Como revolucionario está desacreditado, por sus extemporáneas e innecesarias declaraciones gubernamentales.

Como organizador fracasado, pues que sus huestes se deshacen.

Como dictador en ridículo, pues sus súbditos le desobedecen.

Como político por los suelos, pues da triunfos a los que quiere derrotar en

Madrid, y prepara derrotas a los que quiere hacer triunfar en Barcelona.

Y fracasado como político, como dictador, como organizador y como revolucionario ¿qué queda del Lerroux de la leyenda?

El recuerdo de un gran prestigio estinguído, de una hermosa esperanza fallida.

Sin embargo, seguirá perturbando durante algún tiempo al republicanismo. Y mucho. Para esto le sobran partidarios.

Partidarios que se dividen en cuatro clases: los de buena fe, los que están a su lado por si acaso, los cortesanos de la desgracia, y los que no ven por parte alguna organización respetable ni hombre idóneo a que unirse.

Pero Lerroux no hará ya más que eso: perturbar. Pensar que volverá a recobrar la fama y el prestigio que tuvo, a resucitar las esperanzas que despertó, él es quien menos lo cree.

Hubiera caído en otras luchas, y su figura se agigantara: cayendo en estas mezquinas de pactos y componendas electorales, se achicará cada día más.

Es seguro que en el Congreso hará un supremo esfuerzo para ver si recupera lo perdido, pero su voz sólo encontrará eco entre los suyos. Toda su elocuencia, con ser mucha, y todo su talento, con ser grande, serán impotentes para justificar ¿qué justificar? para disculpar siquiera la perpetración del crimen de lesa republicanismo cometido al presentar frente a la republicana la candidatura de prestigios, en la cual figuraban monárquicos.

No puede darse torpeza mayor.

Si la presenta con el nombre de seis radicales, no queda tan malamente. Por lo pronto, no hubiera sufrido los sonrojos que debió producirle el rechazamiento unánime de los designados, rechazamiento que hubiera previsto el más adocenado presidente de Comité de barrio.

La contestación de todos fué dura. Verdad que había sido grande la ofensa. Suponerlos capaces de prestarse a servir maquiavelismos tan burdos, era hacerles descender de la categoría de altos prestigios, a la de estúpidos testarudos.

Así se explica que Castrovido y Pablo Iglesias llenaran con el siguiente cartel las esquinas de Madrid:

A los republicanos, a los socialistas
y a los vecinos de Madrid

CIUDADANOS:

Entendiendo un deber de dignidad personal y de moralidad política, protestamos con energía de la inclusión de nuestros nombres en una candidatura aconsejada por el Sr. Lerroux y por el periódico "El Radical", con el evidente propósito de favorecer la candidatura del gobierno y servir a la Monarquía.

No autorizamos esa inclusión que consideramos deshonorosa para nosotros, no ciertamente por las personas que en

dicha candidatura figuran, sino por la deplorable intención que la informa.

Conste que, nosotros, no aceptamos otra compañía en la candidatura que la de los Sres. Rodrigo Soriano, Luis Talavera, Rosendo Castells y Eduardo Barriovero.

Madrid, 6 de Marzo de 1914.

Pablo Iglesias.

Roberto Castrovido.

La respuesta fué cruel, mas correspondió al agravio.

Conclusión

¿Qué hay en todos los juicios emitidos anteriormente? La tristeza de ver destruido el núcleo más poderoso y entusiasta que ha existido en el republicanismo desde la restauración acá, y la indignación que se siente al perder esperanzas por tanto tiempo halagadas.

El que vea otra cosa en cuanto he dicho en este y los números anteriores, ese está ciego.

Ninguno de sus partidarios lamenta más honda y sinceramente que yo la caída de Lerroux.

El simbolizaba una de las pocas esperanzas que abrigaba de no morir sin ver restablecida la República.

Responsabilidades gemelas

Si yo no fuese enemigo declarado del estilo trágico, ¡qué ocasión tan propicia la de ahora para tronar airadamente contra los que han contribuido á que el partido republicano se vea hoy impotente para realizar el pequeño esfuerzo que sería necesario para llegar á donde deseamos!

Ni á soñar que nos hubiéramos echado, podíamos haber concebido situación parecida á la siguiente:

Una guerra desastrosa que todos condenan y nadie se atreve á defender...

Los partidos dinásticos tirándose al degüello, sin otro ideal que llegar al poder por cualquier medio...

Dentro de cada partido divisiones más hondas que las que mantienen entre sí...

Maura contra Dato en el conservador, y tirando además flechas á lo alto...

García Prieto contra Romanones, en el liberal...

Y la mútua desconfianza enjendrando en todos justificados recelos...

Y los impuestos subiendo...

Y el hambre matando...

Y la emigración aumentando...

Y la catástrofe general en perspectiva...

Y el caos por toda esperanza.....

Si estuviéramos hoy los republicanos unidos y organizados;

Si inspirásemos confianza á alguien, ó siquiera á nosotros mismos;

Si los hombres visibles del republica-

nismo tuviesen autoridad moral bastante para garantizar lo que viniera;

¡Cuán poco habría que hacer para colocar muy pronto á España en condiciones de salvarse!

Mas no esperemos que tal suceda. Somos impotentes para avanzar, no por miedo á los enemigos de enfrente, sino por temor á los de al lado.

Y tenemos que asistir al desquiciamiento de España con los brazos cruzados, sin poderle gritar con la resolución de la fortaleza: «¡aquí estamos nosotros!»...

El historiador que estudie mañana este periodo de decadencias, abdicaciones, iniquidades, cobardías y ruinas, en el que el pasado ha resurgido para anular los esfuerzos de un siglo de lucha por la libertad;

En el que el afán de enriquecerse no ha reparado en cohechos ni en despojos;

En el que la palabra negocio ha llegado á ser sinónima de la de robo;

En el que las pocas veces que surgió un hombre cual Costa condenando inmundicias, clamó en desierto;

En el que la careta religiosa ha cubierto á todos los malvados, la del orden tapado todos los desafueros, la del patriotismo amparado todas las grandes dilapidaciones;

Y en el que se ha obligado á la justicia á convertirse en enemiga de la ley...

El historiador ese repartirá por igual sus execraciones entre los gobernantes y los gobernados; entre los que ejecutaron y los que consintieron; entre los que dispusieron de los elementos coercitivos, y los que pudieron, difundiendo con la predicación y el ejemplo ideas de abnegación, desinterés y sacrificio, haber lanzado sobre los elementos coercitivos las masas populares, dispuestas, cual nunca lo estuvieron, á borrar tanta ignominia y barrer podredumbre tanta con la fuerza más incontrastable que existe: la de la desesperación.

Y al repartir las responsabilidades entre monárquicos y republicanos, ese historiador no faltará á la justicia ni dejará de servir á la verdad.

Balance

He aquí el saldo en contra de la pasada legislatura en el HABER republicano:

Melquíades Alvarez, Azcárate y Galdós, con otros diputados de menos cartel, en la Monarquía.

Lerroux y Emiliano Iglesias derrotados en Barcelona.

Albornoz, en Zaragoza.

En Málaga un diputado menos;

En Valencia otro.

Y triunfantes los reaccionarios, en Barcelona, en Valencia y en Zaragoza.

Y en Madrid vencedores los republicanos en las urnas, pero derrotados por 20.000 votos en el Censo.

Además, unos veinte diputados menos en estas Cortes.

Si dentro de un par de años hay nuevas

elecciones, estará el partido republicano en disposición de no volver á otras, pues se le podrá aplicar con razón fundadísima este epigrama de Lope de Vega:

Cuatro dientes te quedaron
si bien recuerdo, mas dos,
Ella, de una tos volaron,
los otros dos, de otra tos.
Seguramente toser
puedes ya todos los días,
pues no tienen tus encías
la tercera tos que hacer.

Si en las pasadas elecciones hemos perdido la mitad de los diputados, en las próximas sacaríamos la mitad de esta mitad, y en las siguientes

Ora pro nobis.

Donde siempre

Se me pregunta si yo, el defensor más constante y decidido de la unión, he desertado de sus filas.

No; sería en mi esa mayor apostasía que la de declararme católico.

Lo que he dicho y seguiré diciendo, es que mientras siga el republicanismo como está, será completamente imposible la unión leal, honrada y que nos pueda poner en condiciones de dar la batalla á la monarquía.

La otra, la unión con reservas mentales, la unión para mantener ficciones, la unión para alcanzar actas, esa puede hacerse á cualquier hora. ¿No acaban de pactarla lerrouxistas y nacionalistas que habían luchado ferozmente, por si españoles, por si extranjeros?

Vea yo al republicanismo decidido á barrer los obstáculos que se oponen á aquella unión, y volveré á mover sin descanso la pluma defendiéndola.

¿Pero hablar de unión ahora? ¿Para qué?

Hasta que no se unan los republicanos de cada provincia, nombren un representante que no haya sido ni sea jefe ni diputado, y los de las 49 se constituyan en Asamblea, den la ley al partido, y elijan un directorio, aquí no habrá ni posibilidad de hacer nada práctico.

Y el que se oponga á que esto ocurra, se pondrá en contradicción consigo mismo.

¿No decimos todos á cada paso y con todo pretexto, que en el pueblo reboas el buen sentido?

Pues confiémonos al buen sentido del pueblo, ya que sus guías y directores hemos demostrado tantas veces no tenerlo.

La organización esa, á más de ser la única verdaderamente democrática, tendría la ventaja de darnos á conocer los 49 hombres de más prestigio en provincias, fuera de los que han venido monopolizando hasta ahora los cargos populares y las actas de diputado.

¿Y quién nos dice que de entre ellos no pudieran salir ocho ó diez que se impusieran desde luego por sus excepcionales condiciones, y variaran por completo la marcha del partido? No tuvo tantos Portugal para convencer á la opinión de

que sólo encontraría su salvación en la República.

Además, si hemos ensayado todo, y todo ha fracasado, ¿por qué no ensayar eso ahora?

No hacerlo, sería dar á entender que estamos convencidos de que no hay en el partido republicano más hombres de valía que los que están en juego.

Y como esto no es verdad, debemos que desmentirlo, para que el pesimismo no se apodere al fin de todos.

De nuestras cosas

Me quedo sin enterarme del alcance que *El Progreso* quiso darle á la frase *vejex sangrienta*, por lo cual no puedo contestar á ella.

Lo siento, ¿pero qué hacerle? ¡Se va uno del mundo sin enterarse de tantas cosas que le convendría saber!

No he creído ni por un momento que Lerroux la escribiera, ni tampoco el director de *El Progreso*, Emiliano Iglesias. Sé cómo se hace un periódico.

Mas si creo que, al leerla cualquiera de ellos, debió aclararla; si no precisamente para satisfacerme á mí, para demostrar que los dos saben quién soy, como pienso, lo que soy capaz de hacer y lo que no he hecho ni haré nunca.

En estos días en que ha salido á la superficie la espuma de las malas pasiones que nos dividen, apenas si he podido apartar por breves instantes mi pensamiento de los muchos republicanos que viven alejados de lo que impropiamente venimos llamando lucha activa, siendo sólo afán de predominio, ó satisfacciones de vanidad, cuando no algo más censurable. El deseo de *ser algo* se ha impuesto en casi todos nosotros al de *ser alguien*.

Y al pensar en ellos, he compartido con ellos la amargura que sentirán al ver á un partido tan numeroso, tan entusiasta y llamado á salvar á España, detenido en su marcha por rivalidades, apostasías, odios y fanatismos.

Y detenido á la vista de un enemigo que avanza, que nos cerca por todos lados, que nos acosa y nos vence hasta en las poblaciones en que dominábamos hace tiempo: Barcelona, Valencia, Zaragoza.

Estas líneas demostrarán á esos republicanos, muchos en número, que sigo pensando al unísono con todos los que no contribuyen á la farsa que vienen sosteniendo en el partido unos cuantos, no de los más puros en la convicción, sino los más desaprensivos en los procedimientos.

Hay que convencernos de esto:

En los cuarenta años de ociosidad revolucionaria (salvo dos ó tres periodos) nos hemos entregado con verdadero entusiasmo á cultivar dos especialidades: el santonismo y el chisme. Con el primero hemos dividido el republicanismo en varias familias... mal avenidas. Con

el segundo hemos logrado convertirlas en enemigas declaradas.

Y de ambas cosas acabamos de dar gallardas é indiscutibles muestras en las últimas elecciones.

Por esto insisto en mi ya pesada canción:

Sin hacer la revolución dentro del partido, no hay que pensar en la otra.

Si los diputados que van por vez primera al Congreso no logran convencer al partido de que no todos los que entran en aquella casa (salvo contadas excepciones) se contagian de la peste del convencionalismo, me parece que en otras elecciones no se acercará ni un sólo correligionario á las urnas.

Y entonces va á verse obligado el gobierno que las haga, á nombrar diputados republicanos de Real Orden. Porque como falta para representar bien la comedia, si que les hacen falta.

Diputados nuevos:

«De vosotros depende el que los republicanos se retraigan ó no en adelante. Tenedlo presente en todos los momentos.»

El diablo que nos entienda.

¿Triunfamos en unas elecciones en dos ó tres capitales? Ya puede la Monarquía ir liando la maleta. Sus horas están contadas.

¿Nos vencen? Mejor: era lo que necesitábamos para unirnos, rehacernos y acabar con el régimen.

Se dirá de nosotros todo, menos que no somos gentes de buen contentar.

Y hasta de buen humor.

Aunque para contradicciones, ninguna como esta:

La frase *Maura, no!* se la atribuye el partido radical, lo mismo que la Conjunción, sin advertir ninguna de esas entidades la contradicción en que incurre.

Y por eso que todavía no he podido enterarme de á quien se debe el que Maura no gobierne; si á los lerrouxistas, ó á los conjuncionistas. Ambas agrupaciones se glorian de haberlo impedido.

Si un día se averigua por fin, habrá que llevar á la barra á la fracción que resulte culpable de tan antipatriótica hazaña.

¡Poder apresurar la revolución con la vuelta de Maura, é impedirla detenerla, para que los Dato, los Romanones, los García Prieto y los Melquíades puedan ir por turno acabando con España!

No se concibe crimen mayor.

De algún tiempo acá, muchos jóvenes ilustrados se declaran republicanos, se aproximan á ésta ó aquella fracción, se enteran de cómo andamos, y al poco tiempo se pasan á la monarquía, ó se colocan á honesta distancia de nosotros.

Y no es lo peor que se vayan, si no que al irse quitan la voluntad á otros que vendrían, si ellos permanecieran entre nosotros.

Esto nos dice claramente que hay que

renovarlo todo, para que los que entran no se vayan y los de fuera vengan: organización, hombres y conducta. Y hasta lenguaje.

Cualquiera se decide á entrar en una familia donde sus individuos se echan en público estos piropos: *pillos, granujas, cobardes, sinvergüenzas, ladrones, canallas, traidores*, y otros de igual intensidad honorífica.

Lo que hace es salir corriendo y pensando: «¿Pero donde iba á meterme yo? Si es verdad lo que se dicen, por serlo. Y si no lo es, por decirlo.»

Concretando:

La situación actual del republicanismo, es esta:

Cada día más adeptos.

Cada día más descontentos.

Cada día más idólatras.

Cada día más ambiciosos.

Cada día más odios.

Cada día más desengaños.

Cada día menos fe.

Cada día menos entusiasmo.

Cada día menos prestigio.

Cada día menos confianza.

Cada día menos fraternidad.

Cada día menos esperanzas.

¡Y viva la República!

¡Y viva Melquíades!

¡Y viva Lerroux!

¡Y viva la Conjunción!

Vivas que deberían inspirar á los monárquicos este otro, si fuesen agradecidos:

¡Vivan los republicanos!

Y allá va un cuentecillo que viene á cuento para terminar.

Murió un gitano muy embustero, y su viuda, que iba tras del féretro desmeledada y dando gritos, repetía á menudo: «¡Adiós, adiós, saco de verdades!»

Un su compadre, al ver aquella insistencia, le dijo en voz baja:

—Pero, comadre, ¿cómo dice usted eso, si el compadre no dijo una verdad en toos los días de su vida?

—¡Pues por eso, compadre, por eso! ¡Porque se las yeva toas dentro del cuerpo el pobrecito!

Nadie podrá ir detrás de mi féretro soltándome con justicia ese piropo; no. He hecho algo para no disentar mucho de Quevedo cuando dijo:

«Pues amarga la verdad quiero echarla de mi boca.»

Pero tampoco sería justo creer que no me llevaré al otro barrio verdad ninguna. Me llevaré muchas. ¿Quién es absolutamente perfecto en este misero valle de lágrimas?

Y doy esta explicación, para evitar que se me prodiguen elogios desmedidos por lo que va en este número.

He dicho algunas verdades, si, mas no todas las que guardo. No conviene poner todo el dinero á una carta. Hay que pensar en el porvenir.

Los republicanos de la revolución francesa se empujaban hacia la guillotina.

Los españoles nos empujamos hacia la gloria.

Aquello era cruel, pero heroico.

Esto es sucio, y á la vez cobarde.

JOSE NAKENS

Nuevas orientaciones

Al partido republicano le corresponde parte de la tremenda responsabilidad que pesa sobre la política. En la crisis profunda por que atraviesan los partidos le hubiera sido fácil al republicanismo español haber hecho triunfar su causa sacrosanta. Para esto no precisaba otra cosa que haber formado una masa compacta purgada de pasiones. Por desgracia, en la crisis de la política dinástica ha sido arrastrado el partido republicano, y una idea llamada á triunfar sobre las demás ha sido vencida sin combate por el contagio de las bajas pasiones y de las impuras concupiscencias.

La culpa tal vez sea de la raza. Costa dijo que para triunfar tenemos que luchar hasta con la etnografía, y la confirmación de su aserto se nos ofrece ahora con la descarnada realidad. Las ideas republicanas, por sí solas triunfadoras, han sido vencidas por el atavismo meridional. Mejor dicho, han sido vencidas por la pericia moral azuzada por quien le convertía. Así, pues, la inhabilitación actual reconoce por causa la ausencia de personalidades que secundan la fosilización de las ideas, y tal vez por causa más directa la presencia de elementos conservadores en el campo republicano. El estacionamiento de las ideas produce en política el mismo efecto que el encharcamiento de las aguas: en los terrenos, los pudre.

Las aspiraciones democráticas de hoy puede afirmarse que son las mismas que las en auge antes de la República. Los viejos programas no se han modificado con arreglo á las evoluciones de la sociedad. Y como se han conseguido casi todas las libertades anheladas por los hombres del 68, si tenemos sufragio universal, y jurado, y libertad de imprenta, y tantas otras que llenaban sus programas, debemos preguntar qué ha quedado para los republicanos de ahora. Es cierto que hay algo que esterilizar esas instituciones, pero con consideraciones sobre la manera de fecundarlas no se consigue nada y precisa atacar de raíz el mal sentido.

Las masas republicanas hace muchos años que no trabajan sino para elecciones, como si la salvación del país estuviera en mandar al Parlamento cuatro diputados. Realmente, al no tener un programa determinado en el que trabajar, necesitan proceder así para demostrar su vitalidad. Mas estos trabajos se encuentran siempre limitados por los amos de la situación, ó sean los oligarcas de Madrid. Parece, tal como hoy se encuentra el partido, uno más, en la situación apuntaladora de la monarquía, y sus jefes se alían á la luz del día con los

que debieran ser sus enemigos irreconciliables, ó, por lo menos, de quienes se debieran apartar como de gente sin conciencia, incompatible con la austeridad republicana.

Afortunadamente cristalizan estas enseñanzas en algo práctico, en hechos consoladores. Se trata de formar un *Partido autónomo*, que hubiera parecido un crimen cuando la hegemonía lerrouxista. Hoy ya la conlición de autonomía se halla unánimemente reconocida como necesidad de vida, y la locura centralista desaparece de la atmósfera republicana de la misma manera que se desvanecen las pasiones incitadas por Lerroux.

Y ahora aquel refrán que se menciona por principio de año podemos aplicarlo modificado: «Partido nuevo, programa nuevo». Esto es, desecher los programas políticos como anticuados y buscar en las reformas económicas las necesarias para llenar los nuevos. El mal en que radica la inutilidad de las instituciones, reconoce exclusivamente por causa necesidades de despesa y de cultura. Los programas nuevos deben llenarse con las dos palabras de Costa: «Escuela y despesa», recordando que partido que llene el suyo con la palabra *Revolución*, es partido muerto, puesto que no es sino un medio para ponernos en disposición de obrar. Si después de destruirnos encontramos sin materiales para edificar, el fracaso sería seguro y ruinoso.

PASCUAL MARTIN TRIEP

Ideal, Zaragoza.

LA OBRERA

¡Redención, redención! Sí; pero ¿cuándo? ¡Ay! el castigo justo del granuja que explota á la mujer y que la estruja siempre será tardío y siempre blando.

El hombre es fuerte, se resiste al mando, lucha si quiere y cuando puede empuja; pero las pobres siervas de la aguja no pelean jamás: mueren callando.

¡Dramas de la miseria, en que vence la como flor por el viento combatida se agosta y cae la pobre costurera!

¡Salid al escenario de la vida, para que al ver su dignidad perdida sienta rubor la Humanidad entera!

SI ESIO DELGA O

Se han recibido para la señora viuda de Pardo las cantidades siguientes:

	Pesetas
Varios republicanos (Figueras)	8'50
B. Juvells (ide)	5'00
Jaime García (Riquelme)	2'50
Pascual Cucarella (Cn)	2'00
TOTAL	18'00

La España del pasado

«¡Ah! Principios históricos, intereses seculares, tradiciones nacionales! Hermosas palabras si tuvieran algo dentro, ó,

mejor dicho, si no tuvieran tanto malo dentro.

Praguntad por las tradiciones religiosas, y os responderán de ellas aquellos reinos y aquellos reyes españoles excomulgados por los Papas, y aquellos Papas desobedecidos por los reyes y por los reinos; aquellas iglesias expoliadas por los nobles, aquellos obispos destituidos por los pueblos, aquellos nuncios ameznados por los gobiernos, y aquellos ministros de Dios muertos por la saña de los poderosos.

Anudad las tradiciones monárquicas y os caerá sobre la frente el polvo de los tronos derribados por las revoluciones desde Alfonso III hasta Carlos IV, y la sangre de los monarcas heridos por el puñal de los vasallos desde Ataulfo hasta Fernando V.

Anudad las tradiciones políticas y oiréis el rugido incesante de los tumultos, mezclado con el cuchicheo mordaz de las intrigas; y vereis aquí el ceño orgulloso de los favoritos que disponen del espíritu de sus reyes como Mefistófeles de Fausto, y allí la sonrisa injuriosa de las favoritas que disponen de los destinos del reino como de las joyas de su tocador.

Anudad las tradiciones caballerescas y os saldrán al paso las sombras de aquellos políticos alevés que se vuelven contra la patria, venden al rey, hacen traición al partido y engañan al amigo.

Anudad las tradiciones administrativas y encontrareis en larguísima procesión aquellos avaros que miran con ojos de sátiro al poder, y con ojos de muerto á la dignidad; y os perseguirán aquellas turbas que se disputan á codazos el empleo, y aquellos rateros que, sentados sobre el arca pública, llenan, sin tanto disimulo como afán, sus bolsillos con el oro hurtado á las fatigas del contribuyente y á las necesidades de la nación.

Abrid, los que evocais los espectros de lo pasado, abrid el sepulcro donde duerme el cadáver de la monarquía consuetudinaria, y tras el guerrero escudo que la cubre, bajo la bandera que, como gloriosa mortaja, la envuelve, sobre las armas enmohecidas que la acompañan, se os mostrará hediendo todavía, la podredumbre que la consumió. La política aplicada á la satisfacción de apetitos ruines y sensualismos torpes. Trocado en oficio de salteadores ó farsantes el arte del gobierno. La impureza prevaleciendo en los procedimientos usados para conseguirlo, en los medios para conservarlo y en los fines para que se pretende. La fúerza arrojando de su altar al derecho: la intriga venciendo á la razón, el favor á la justicia, á la idea la persona, al patotismo la bandería, el caudillaje á la opinión, y la codicia al deber: grandes impudencias que se extienden como mancha repugnante sobre la inmensa hoja de nuestros anales desde que España tiene villa propia entre las naciones hasta...

... hasta sabe Dios cuándo porque, ¿quién, historiador ni profeta, será tan feliz que

pueda poner el punto final de esa triste oración, ni cerrar el libro, siempre abierto, de las miserias políticas y los infortunios sociales?»

Leo lo anterior al final del hermoso libro de Sellés, *La política de capa y espada*, lo comparo con lo que ahora veo, y me pregunto:

«¿Ha variado la manera de ser de los españoles?»

Y me contesto:

«En la forma, sí; en el fondo, no.»

¡Eso no!

Cumpliendo con la misión que tiene todo cristiano, se fué á confesar Mariano con mística devoción.

Llegó al templo, y al momento, de Dios ante la presencia hizo examen de conciencia con mucho arrepentimiento; y en la mano su rosario y en actitud reverente,

como humilde penitente se acercó al confesonario.

Con cristiana devoción é inclinando la cabeza una breve oración reza y empieza su confesión.

—Padre, vengo á confesar; y aunque poco he delinquido, muchas veces he tenido motivos para pecar.

—De modo que Lucifer te iba arrastrando á tu lado, y tú... Siempre del pecado me he podido retraer.

Al ir á mi casa un día me encontré un portamonedas, que entre unas y otras monedas un capital contaba.

Al cogerle á nadie vi, mas yo indagué con empeño, y al saber quién era el dueño pronto se lo devolví.

Mi alma tranquila quedó, pues yo temo á Satanás.

—No hiciste nada de más; lo mismo hubiera hecho yo.

—Otra vez en un café cruelmente me insultaron dos hombres y me pegaron, pero yo los perdoné;

y aunque luego hallé ocasión de vengar aquel ultraje, calmé mi furia y coraje y me incliné hacia el perdón.

Lo manda así el catecismo y yo no pecho jamás.

—No hiciste nada de más, pues yo hubiera hecho lo mismo.

—Por fin, padre, cierto día me encontré con Nicolasa en el portal de su casa, y yo... á nada me atrevía; mas la chica, que es preciosa, vino hacia mí, me abrazó, y ¡ay, padre!, hasta me besó con aquella boca hermosa...

—Eso es pecado mortal,

hijo, y te vas á perder.

—¡Padre, si yo eché á correr y la dejé en el portal!

Ella tras de mí salió, pero yo corrí con brío, y...—Lo que es eso, hijo mío, ¡un demonio lo hago yo!

JOSÉ RODAO

LOS POSESOS

Razón científica

Todos los frenopatas incluyen á los posesos en una de las formas de delirio religioso.

Tengo que ocuparme, pues, de esta enfermedad en forma que puedan entenderlo todas las clases populares, puesto que para todas escribo, y para dar algún orden á este trabajo expondré, lo más concisamente posible, el concepto actual del delirio religioso, cómo fué considerado antiguamente, sus causas y su tratamiento.

Antes de entrar en materia, creo conveniente exponer el concepto de locura, de ilusión y de alucinación.

La locura es muy difícil de definir, porque en la práctica no se encuentra una línea divisoria perfectamente clara entre los locos y los cuerdos; por eso de ella se han dado muchas definiciones; pero me parece muy aceptable la de que es un síntoma de una enfermedad cerebral que trastorna una ó más facultades del entendimiento y que debilita, pervierte ó suprime la libertad mental, estando el individuo en estado consciente

La ilusión es una percepción falsa de una impresión real de los sentidos. Como cuando en las noches de luna los árboles ó su sombra nos parecen fantasmas y ladrones.

Alucinación es una percepción falsa sin que la motive ninguna cosa presente. No viene de fuera la impresión, sino que es de origen cerebral.

Delirio alucinatorio se llama cuando el individuo acepta como hechos las percepciones falsas de las ilusiones y de las alucinaciones (1).

No todas las formas de delirio alucinatorio están dentro de la locura. Sólo puede llamarse loco al que las padece cuando el asunto objeto de su delirio sea contrario á su ordinario modo de pensar y opuesto á la buena lógica.

Por eso dice el célebre alienista Hammond: «Las creencias en asuntos de fe, por ridículas que sean, no son necesariamente pruebas de que el individuo está loco. Un creyente en el espiritismo, por ejemplo, puede estar completamente sano, por que su creencia no es capaz de prueba ó contraprueba. El creer en la existencia de espíritus y en la posibilidad de evocarlos, verlos y hablar con ellos, forma parte de su carácter mental: pro-

(1) Puede un individuo tener ilusiones y alucinaciones y saber que lo son; esto es, que no son realidades, porque en este caso no está afectada la inteligencia.

bablemente habrá sido engañado, en alguna época, por imposturas que le han hecho creer que objetos materiales eran espirituales. Pero si no creyendo en el espiritismo se imagina ver espíritus y conversar con ellos, el hecho es una prueba evidente de locura. En este caso hay alucinaciones y delirio alucinatorio.

En la antigüedad, era una creencia muy admitida la posibilidad de ver diablos y demonios de varias clases y de ser atormentados por ellos. Esta idea la conservan aún hoy algunas personas religiosas de buen criterio. Semejante creencia es, según mi modo de pensar, un delirio alucinatorio. Pero no debe considerarse como loco al que tenga esta creencia. Su número es cada día menor, y llegará probablemente una época en la que, á causa del cambio en la manera de pensar, debido á la ilustración progresiva, toda persona educada que crea que hay espíritus malignos, comisionados por su soberano, el diablo, para afligir con diversos males al género humano, será considerada como loca.» (1).

J. R. L.

(1) Guillermo A. Hammond. *Tratado de la locura*, 1888.

VERDADES AL PUEBLO

(Jnan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los correspondientes el 25 por 100 de rebaja.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas

UNA peseta.

EL MOTÍN



LA PROCESIÓN DE VIERNES SANTO.—(Cuadro de Goya, existente en la Academia de San Fernando)

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior	6557'10
J. García (Roquetas) .. .	2'50
Ginés Soler (Linares).....	4'00
Antonio Gil (Huesca).....	0'75
Manuel Duarte (Puertollano).	2'00
Sabas Andrés (Villaluenga) ..	0'50
Fermin Domínguez (San Pán-	
laleón).....	0'60
Suma y sigue.	6567'45

La santa Inquisición

No ha muerto la maldita, no, que bien viva y boyante está, sin que desperdicie una ocasión de manifestar su omnipotente poder, tan avasallador hoy como en tiempos de Carlos II. Únicamente (no ha podido eximirse de pagar su tributo al progreso de los tiempos) ha cambiado de nombre y de traje, pero sigue mandando á la cárcel y al destierro (á la hoguera no porque no la dejan, pero todo se andará) á todo aquel que comete el horrendo crimen de poner en tela de juicio la virginidad inmaculada de una monja leal, ó suprime ó cambia una coma de la Biblia.

Esto no es exageración: lo sabemos perfectamente todos aquellos que ejercemos la crítica religiosa, y que somos las eternas víctimas del odio de la reacción, que si alguna vez se calla ante una dentellada teológica, llega al paroxismo del furor cuando nos atrevemos á decir que el Padre Falano guiñó el ojo al bajar del púlpito á una garrida Filotea.

Aquí en esta ciudad de Barcelona tan europea, tan culta, tan liberal, tan republicana, tan anarquista, tan anticlerical, tan avanzada, tan cosmopolita no podemos respirar un momento tranquilos los que hemos puesto la pluma al servicio de la causa anticlerical. Yo que no pego de violento en la forma, que analizo el fondo de las cuestiones católicas, salvando todos los respetos y todas las excepciones posibles, que creo y tengo mi fe, que dejo á salvo en mi conciencia ciertas bases y principios de los que se llenan infinitos obispos, frailes y monjas, estoy acorralado, combatido, y perseguido sin tregua, comiendo un pan bien amargo, lleno siempre de sobresaltos, circuido de arechanzas que unas veces vienen de la madriguera del santuario y otras de los falsos liberales y republicanos con escupulario. Ahora mismo en pocos días han sido denunciados dos artículos míos que no tienen nada de reprobables; el primero por comentar el crimen que cometió en Italia un mal sacerdote que no sabiendo cómo deshacerse del hijo que engendró á su sirviente, le roció con petróleo y lo quemó; el segundo por consignar algunas opiniones sobre San José, que

escritores eminentes y algunos proto-evangélicos orientan.

Y á todo esto la Inquisición togada lo califica de ataques al dogma, palabra que apuesto las orejas no entienden de ningún tribunal laico, ni hay leguleyo que sepa definirne bien, ni el que acusa, ni el que defiende, pues ambos están ayunos de teología, y estas cuestiones sólo las pueden clasificar y ventilar bien eclesiásticos doctos. De este modo, haciendo una ensalada horrible de lo sagrado y profano, de los Santos Padres, Concilios y teólogos con el Código penal y las sentencias del Supremo, se corta por lo sano, rindiendo la cerviz ante la Inquisición, dueña y señora de todas y de todo, y se decreta que «debemos conderar y condenamos á Fulano de Tal á diez años de cárcel y trabajos forzados con extrañamiento de veinte años de estos reinos por hereje, impío y blasfemo». Porque los tribunales laicos entre nosotros, al juzgar de ataques al dogma y á la Iglesia, entienden en causas de fe, lo cual no pueden hacer, pero lo hacen porque la Iglesia ha delegado en ellos de una manera tácita sus facultades, habiendo pasado el brazo secular, que antes era su apoyo y el ejecutor de sus condenas, á ser su único y verdadero tribunal, cien veces más oñoso, fanático y cruel que el primitivo. Por lo que á mí toca declaro que preferiría mil veces ser juzgado por un tribunal eclesiástico, compuesto de teólogos y de canonistas, que por unos señores seglares que no entienden una palabra de la cuestión religiosa que allí se ventila, y la cual resuelven siempre en sentido condenatorio, práctica segura para no exponerse á disgustar á la Iglesia y á los clericales. Tampoco entiende una palabra de estas cosas el abogado defensor y así salen las defensas, ni jamás se les ha ocurrido á ninguno de estos señores asesorarse antes de los que tenemos al dedillo estas materias, y que dejaríamos pegado á la pared con respuestas sencillísimas á todo aquel aparatoso estrado de jueces, alguaciles, procuradores y jurados. Pero hay que tragar á un defensor de oficio ó á un monárquico ó clerical que nos defiende tan bien que la condena es segura. Y así como el que no hace nada, la santa Inquisición moderna se va tragando sus víctimas, mientras exorcismos á la antigua que aún vive.

FRAY GERUNDIO

SACERDOTE VOLADOR

En la calle de la Cabeza, núm. 7, un estrepitoso ruido que al romperse produjo la montera de cristales que cubre un patio alarmó á la tranquila vecindad, acostumbrada á tales accidentes.

¿Cuál había sido la causa del formidable estrépito?

En el cuarto vive una inquilina á la cual hacen diarias visitas algunos amigos, con la particularidad de que esas visitas son individuales, no dándose el caso de que coincidan los que acuden á dicha ha-

bitación para brindar á la persona que la ocupa testimonio de su muchas veces reiterado afecto.

Hoy parece que un sacerdote recordó que había incurrido en falta de cortesía no acudiendo á ofrecer sus respetos á la inquilina del cuarto, que sin duda alguna esperaba á su huésped, convencida de que no había éste de continuar incurso en el incumplimiento de exigibles deberes urbanos.

Entró el atento presbítero en el cuarto de su amiga, y la puerta, confidente del acto afectivo, cerróse sin ruido alguno, para no molestar á la vecindad, que indudablemente sesteaba.

Lo que ocurriera después no tiene fácil explicación. A lo que parece, otro de los amigos de la expresada inquilina sintió pujas de cortesía obligada y trepó por la escalera con gran prisa, deseoso de hacer á aquélla partícipe de sus respetos á la manera que lo estaba efectuando el sacerdote.

La inesperada presencia en el rellano que daba acceso á la habitación de esta última visita, que podía estimarse impertinente sin quebranto de la hidalga condición del que la intentaba, causó á la señora y al sacerdote tal desasosiego, que este último, asomándose á una ventana que daba al patio, resolvió comprobar la solidez que ofrecía el caparazón de cristales que le servía de cubierta, y aunque la buena mujer trató de disuadirle de su temerario empeño, no lo pudo lograr, y antes de que la nueva visita franquease la entrada, ya el amedrentado clérigo había dado con su cuerpo en tierra, no penetrando por el cristal como el Sol, sin mancharlo ni romperlo, sino haciéndolo trizas y sembrando la alarma á que aludimos antes entre los asombrados vecinos.

En la Dirección de Seguridad quisieron poner en claro el hecho, y sólo pudieron obtener de la dueña del cuarto una declaración que deja á la malicia del que levere las explicaciones terminantes que ella se negó á dar.

—El sacerdote—dijo la interrogada señora—estaba en mi casa cuando oímos llamar á la puerta, y el que llamaba á la puerta venía á hacer lo mismo que había hecho el sacerdote.

Con esto se dió por satisfecha la Dirección de Seguridad, que tomó el nombre del cariacontecido presbítero, á cuya fácil difamación, si hubiera lugar á ella, no contribuiríamos nosotros por aquello de donar al prójimo los extravíos de un instante.

Se nos olvidaba decir que el sacerdote se había causado lesiones leves, que no quisieron entrar en la Casa de Socorro para infligir á su cuerpo el castigo correspondiente á la falta de prudencia.

Heraldo de Madrid

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.

La cruz de Cristo Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos
seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA
NOTAS DE PEY ORDIRIX

(Continuación)

los días de verdad de los pueblos, muchos en el siglo último, para afirmar, conforme los franceses lo hicieron, el derecho de la nación sobre cuantos bienes se dicen de la Iglesia; la cual, si no tiene derecho de propiedad, disfruta del de posesión. La duración de ésta no crea el dominio; como no llega á ser dueño de la Universidad el catedrático, ni del cuartel y de los pabellones el militar, ni de las Audiencias los magistrados.

Anualmente consagra el presupuesto, para reparación y construcción de templos, muchos millones: 100.000 pesetas cada año paga para la obra de la catedral de la Almudena de Madrid, y sería el límite de lo absurdo considerar á la Iglesia propietaria de estas construcciones, hechas con el dinero. ¿Cuántos templos de pueblo no habrán desaparecido en ruinas, si no hubiese acudido á repararlas? Palacios arzobiscales y episcopales, casas abaciales y parroquiales, conventos, templos, ermitas, todo pertenece á la nación, que puede dejarlo en usufructo al Estado eclesiástico, pero conservando su propiedad.

Suponiendo, y recojo el hilo roto, que sólo disfruten casa gratis 35 000 seculares, y que su alquiler medio asciende á 750 pesetas, suman 25.000 000.

Capellánías colativas, de sangre, memorias de misas y obras pías.—El natural deseo de proporcionarse la gloria en la otra vida, á fuerza de rezos en ésta, convirtió entre los católicos en manía, consagrar sus bienes afectos á alguna de estas vinculaciones. Afecta á ellas una parte importantísima de la propiedad inmueble, la revolución hizo zafarrancho en tales fundaciones; muchas se transformaron, otras desaparecieron, mas no sumará menos de 2 000 000 lo aún amortizado y disfrutado por capellanes (b).

Limosnas.—Con motivo de cualquier suceso, por testamento, por haber recobrado la salud, ó contraído matrimonio, etc., etcétera, ¿qué menos de 1.000 000 de pesetas han de recibir cada año? (1)

(b) *Capellánías colativas, etc.*—Patronato de la Corona de Aragón.—No he visto en el Mensaje señalada esta institución del patronato de la Corona de Aragón, que no figura en el Presupuesto de la Nación. Se extiende á las regiones de Cataluña, Valencia, Aragón y Baleares. En Barcelona tiene, por ejemplo, centros tan numerosos como los cabildos de Santa María del Mar, con 40 beneficiados San Justo, San Severo, La Merced, etc.

No he sacado datos concretos, y he de limitarme á señalar á la investigación la importancia del personal y de las rentas de este clero cantonal.

Aquí sí que el autor merece una reprimenda por no echar la cuenta de los negocios hechos por los obispos con la composición de bienes desamortizados.

(1) *Limosnas.*—Cepillos.—Los muchos no os valen más que los pocos, muchos. Por ejemplo: suponiendo 50 mil capillas y capillitas, cada una con cuatro cepillos ó cepillos, y cada cepillo, uno con otro, con un in-

Cuentas de bienes raíces y papel del Estado.—El art. 41 del Concordato, otorga á la Iglesia el derecho de adquirir por título legítimo y revierte la propiedad en todo lo que posea al firmarse ó adquiriera en adelante; mas para huir de toda nueva desamortización de tal manera guarda el secreto sobre estos particulares, poniendo sus adquisiciones á nombre de un tercero ó valiéndose de otras disimulaciones que es preciso hablar á tientas de este asunto. El hecho es que los arzobispados y obispados usufructúan mucha riqueza y que puede dársele una renta de 2 000 000.

Resulta, por tanto, que los seculares cobran, incluidas algunas cantidades que van á poder de los frailes (1):

	Pe etas.
Obligaciones eclesiásticas...	41.016.953
Departamentos ministeriales.....	2.180.916
Del rey.....	78.000
Provincias y Municipios.....	980.000
Particulares.....	176.857 348
TOTAL.....	221.113 217

Cuya cantidad con ser tan considerable no llega ni con mucho á la verdadera. Podré haber exagerado contra mi deseo, algún concepto, pero en los más llevo al límite de la modestia; novenas y procesiones hay que cuestan muchos miles de pesetas, y yo taso una con otra á 100, sin olvidar que, como la novena dura 9 ó 10 días, apenas llega el gasto que la asignó á 10 pesetas cada uno. En el particular de las cofradías, el anónimo de Cádiz, computaba sus gastos en 150 pesetas diarias, que no es mucho, y sacaba 48.876 420 reales cada año.

Los regulares (c)

Son los frailes la morralla, los pistoles del ejército vaticanista, en el cual ocupan el aristocrático lugar de las armas especiales.

grosso diario de una peseta tenemos la friolera de 73 millones de pesetas al año. Parece enormidad esto? Pues ensaye el lector á rebajar la cuenta, y á ver por cuál lado disminuye los factores.

¿Qué enormidad; habrá obispado en el cual se reputa año de maldición el que no produzca más de un millón en testamentos. Multiplique de largo el autor, con seguridad de quedarse corto.

(1) *Inmuebles y muebles.*—Sería de desear que los peritos ensavasen la cuenta de valor de las fincas rústicas y urbanas; de la riqueza artística en pintura, escultura y bordados; del oro, plata y pedrería; de la riqueza histórica y arqueológica; de los metales de bronce y cobre, riqueza en gran parte enterrada, escondida y perfectamente inútil para todo uso piadoso y totalmente superflua, y por tanto arrebatado neciamente á la producción nacional.

Sin necesidad de alterar una sola misa ni la menor ceremonia; con sólo la venta de esta riqueza superflua y escandalosa, podría el Estado realizar y fomentar grandes empresas industriales y ahogar la Deuda Pública. La apropiación y ventas que por miedo á la Iglesia no hace el Estado en nombre de la Nación, propietaria de tales riquezas, la hace la Iglesia con esas ventas furtivas jaleadas en la prensa, sin sonrojo de la Iglesia y sin castigo de la Nación.

Pase de largo el autor ante este capítulo de la Deuda. ¿Santo Dios, qué negociazos se han hecho!

(c) *Estadística de conventos.*—De 1900 á 1913.—Es lastimoso que en el año 1913 se haya de echar la cuenta de religiosos sobre los datos más ó menos exactos, de 1900. Para que se vea el error radical de este cálculo,

les los monjes, y el del estado mayor, los jesuitas. Jesuitas, monjes y frailes son, pues, tres entidades distintas, unidas siempre en caso de peligro común para defenderse, pero separadas por odios no más humanos que los de Caín; cuyas divisiones, en verdad, evitaron en el curso de la Historia males sin cuento: quizá hoy mismo impidan hasta la imposibilidad de una guerra civil. La masa popular no distingue á unos de otros, y á su ejemplo, uso indistintivamente el nombre de fraile para denominar á monjes y jesuitas, á manera de como se acostumbra á llamar *monja* á la hija ó á la hermana de la Caridad y á la recluida en un convento.

Ninguna institución ejerció en la sociedad mayor influencia que el fraile, y sin embargo, nadie fué más desestimado por el vulgo. La prestancia del monje semeja á la altanería; el jesuita jamás intimó con las clases bajas, y como el fraile vivió mezclado con éstas, se engendró el hábito de

advertiré que del censo de 1877 resultaban religiosas 22.840, que en 1887 se elevaron á 28.000.

Del censo de 1877 no puede deducirse el número de los frailes: muy escasos debieron ser, y clandestinos en su mayor parte. Mas del censo del año 1887 resultan ser ya 8.000 religiosos, y en el término de trece años se elevan á 12 146 varones y 42.826 hembras, religiosas.

Al ver esta virtud prolífica de la familia monástica, según la cual duplica el número de individuos en un período aproximado de quince años, salta á la vista la deficiencia de las estadísticas posteriores á 1910, donde se sostienen las cifras de diez y doce años antes, negativas de toda proliferación. Podrían admitirse como verdaderas tales estadísticas, si constase la desaparición de vocaciones que se nota en el clero secular, y que obliga á la diócesis de Madrid á crear Juntas de recluta de seminaristas semejantes á las de recluta de emigrantes, de voluntarios para el ejército y aun algo tocadas de los vicios de la Trata de Blancas. Pero, sin que conste la disminución de los noviciados, consta por el lado contrario el refuerzo de los medios de recluta.

Y habido esto en cuenta, se debe echar de menos la veracidad de las últimas estadísticas, toda vez que después del año de 1900 han venido las irrupciones monásticas de Portugal y de Francia y la repatriación de muchos religiosos de Cuba y Filipinas, cuyo número ha debido hacerse sentir en las columnas de este ejército nacional.

Como hecho comprobante de este juicio, citaré el ejemplo de Cataluña.

Desde 1900 á 1907, período de mis estudios, se fundaron de nuevo en la región las casas siguientes:

Provincia de		
Barcelona:	17 casas de varones,	57 de hembras.
Gerona:	19	37
Lérida:	8	13
Tarragona:	3	12

TOTAL: 47 casas de varones, 119 de hembras.

Ahora bien; en Cataluña tenían en 1900:

Los varones, 89 casas; en 1907, tenían 136.
Las hembras, 464 casas; en 1907, tenían 583.

Parece, pues, evidente la manquedad de las estadísticas actuales.

Solamente cabe atribuir algún alivio al aumento perenne de la familia religiosa, mediante la exportación de individuos á América: hecho cierto y que ya suscita la alarma de los pueblos de aquellas repúblicas. Pero en tal caso resultará que si el de individuos no crece, crece de un modo escandaloso el número de casas, y que van adquiriendo el carácter de *semilleros*.

Y basta de este tema inagotable.

(Continuación)

Los siervos

por

ROBERTO ROBERT

te fatigues, no sea que defraudemos á la Iglesia de la propiedad que llevas en tu seno.

Así vivieron largos años y el cielo bendijo su unión, dándoles muchos siervos para sus señores.

.*

La ley tuvo buen cuidado de señalar como infamias muchas acciones, á fin de que los hombres se abstuviesen de caer en ellas.

Así, el caballero á quien echasen de la hueste por yerro que hubiese fecho, ó por descuido le contasen las espuelas ó la espada que ouiesse cinta, ó arrendasen heredades ajenas en manera de *merchante*, y el que se dedicaba á la usura, todos eran infames por igual, sin necesidad de que se diesen sentencias contra ellos.

Y lo era también todo aquel á quien por algún yerro cometido, le fuesen dadas penas de heridas ó otra pena pública, y ninguno de ellos podía ser juez, ni consejero de rey ni de concejo, ni bozaro, *nin morar nin facer vida en corte de buen señor*.

.*

¡Dichosos tiempos aquellos en que á lo menos los menesterosos siervos no tenían pleitos!

Era esto un beneficio inapreciable. Guerreaban los señores, pleiteaban los monasterios; pero el siervo no sólo no tenía nada, sino que ni aún podía tener duda sobre si algo le pertenecía ó no.

Todo era del señor, y sin permiso del señor, no se podía tocar á nada.

Los caminos tenían su señor, el cual, mediante una módica retribución permitía que se transitase por ellos.

En cierto condado, si se volcaba un carro en el camino, nadie tenía derecho á levantarlo sin permiso del señor, bajo la multa de sesenta sueldos.

.*

El pueblo era feliz; no nos cansaremos de repetirlo. ¿Y por qué era feliz el pueblo? Porque en todas partes reinaban el orden y los buenos principios, y hasta en los más mínimos pormenores las leyes se mostraban claras y justas.

Hoy, por ejemplo, no se conoce la infamia natural ni legal y andan confundidos los buenos con los malos.

¿Puede compararse ese estado de cosas con el de aquel tiempo que la ley marcaba los límites, naturaleza y condiciones respectivas de la fama y el disfamamiento?

Había infames de hecho é infames de derecho; de modo que cuando una mujer estaba en cinta, ya se sabía si lo que llevaba en sus entrañas era ó no infame de fecho.

Eran infames de hecho, por ejemplo, los que no eran hijos de matrimonio santificado por la Iglesia.

No se vaya á tomar maliciosamente al pie de la letra esta afirmación. Claro es que los hijos bastardos de los grandes señores no podían ser infames por el mero hecho de nacer; al contrario, éstos eran admitidos á las primeras dignidades. Hijo natural tuvo Carlo-Magno que fué obispo, y los diez hermanos bastardos de D. Pedro el Cruel eran infantes, y otros infantes bastardos, infantes fueron, y á los cinco años hubo hijo bastardo de rey que fué almirante.

Y es claro que si se le hubiere declarado infames, se les habría confundido con el bajo vulgo, con detrimento del prestigio de la sangre ilustre, cosas que precisamente se procuraba evitar á toda costa.

.*

Pero en el común de la gente, ya no había ese peligro, y la infamia podía derramarse á chorros del grueso necesario para el mejor orden social y servicio de Dios.

Así, pues, era infame aquel de quien su padre hablaba mal en su testamento.

En esa nota incurrian la mayor parte de los que tuviesen madrastra, y sin duda la ley, conociéndolo así, lo que se proponía debió ser, ó que los hijos se esmerasen en captarse la benevolencia de las madrastras, ó que los viudos con hijos no celebrasen nuevas nupcias.

.*

Era infame aquel de quien un hombre digno de crédito hablaba mal, *si las gentes lo creyesen é lo dixesen así*.

De suerte que el villano y todo menesteroso vulgar, podía portarse como mejor le pareciere con los siervos, que ni aun ante la justicia eran creídos; pero en cuanto á los de mejor condición, debían obrar de modo que les diera placer en todo, pues no haciéndolo así ya sabían que podían infamarlo quejándose de él.

.*

La mujer que antes del año de viuda volvía á casarse, era infame; pero no lo era si se casaba por mandato del rey: antes al contrario, ¿qué mayor honra podía haber que ocupar la atención del rey hasta el punto de que éste tuviese interés en que dejara de ser viuda?

.*

Eran infames al igual de los alcahuetes, los músicos y los cómicos y los toreros; pero no lo eran si trabajaban de balde.

Es de advertir que el trabajo siempre fué condenado como ejercicio vil en los buenos tiempos; pero cuando el *tañer instrumentos, ó el cantar ó el lidiar con bestias bravas se facia por facerse placer á sí mismo ó á los amigos ó á los reyes ó á los otros señores*, como no era verdadera mente trabajo, ó á lo menos si lo era re-

dundaba en beneficio de los dueños de la sociedad, ya no era infamia.

.*

De dureza é ignorancia suele acusarse á los pasados siglos, y sin embargo, en ellos brilló siempre la discreción al lado de los más humanos sentimientos, que hermanados con las leyes divinas producían la verdadera libertad.

No podía el hombre declararse libre por su mero capricho; no podía descreer lo que creía su obispo; no podía pervertir á sus semejantes con máximas disolventes, pero podía toda mujer ser barragana.

En vez de concurrir á los teatros mezclada con los hombres; en vez de asistir á los ateneos, donde se predicaban las locuras más perversas; en vez de acudir á tertulias, en cuyos juegos peligraba la inocencia, rezaba la mujer su rosario por la noche y se acostaba temprano, en paz y gracia de Dios, con el que la tenía abarragana.

.*

Para mayor exactitud, debemos mencionar una excepción que en esta materia hacían las leyes.

Regla general: toda mujer podía ser barragana.

Excepción: no podían serlo la virgen ni la viuda honesta.

Pero, ¿por ventura estaban éstas privadas de alcanzar los beneficios de la barragana?

¡No! Porque la ley no las condenaba á virginidad ni á honestidad perpetuas, y á cualquiera hora podían esas mujeres dejar de ser lo que eran y participar de la condición común.

.*

Esa libertad no favorecía en modo alguno el escándalo de la confusión de clases que vemos hoy día.

¿Por qué? Porque la ley tenía buen cuidado de que cada cual se abarragana con su cada cual.

Así, pues, los reyes, los condes, los hombres honrados y los descendientes de todos éstos no podían tomar por barragana á la sierva ni á su hija, ni á liberta ni á su hija, ni á la comedianta ni á su hija, ni á la tabernera, ni á la tercera, ni á la regatera, ni á las hijas de éstas, ni á á otras mujeres que fuesen viles por la sangre ó el oficio.

¿Por qué? vuelvo á preguntar. Porque, como dice el sabio rey en su Partida IV, tit. XIV, ley 3.ª, «non sería guisada cosa que la sangre de los nobles fuesse embargada nin ayuntada á tan viles mujeres.»

Y si algún hombre honrado caía en la vileza de tener hijos con semejante canalla, la ley le castigaba, no con rigor, no con dureza; le castigaba privando al hijo de la herencia, y en compensación de es-

(Continuad)

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS. MONSERRAT, 7.—MADRID.

porque tarde ó temprano ha de venir á ella ó á cualquiera de sus sucursales.

Se repite de usted atento, seguro servidor.

EL VECINO NÚM. 526.

1888.

¡Pobres frailes!

Se hallaban jugando en la plaza de San Jose de Cádiz dos niñas de seis á siete años respectivamente; ¡cercóseles un Hermano de la Doctrina y las invitó á ir al colegio para darles unas reliquias.

Las niñas aceptaron, y ya en el colegio le preguntó cariñosamente á una de ellas si quería hacer la *modestia*; contestóle que no sabía lo que eso era, y entonces él se permitió mayores libertades.

La niña salió del local huyendo y llorando y cayó al suelo, causándose una herida en una pierna. Los vecinos del barrio, excitados contra los Hermanos, trataron de agredirlos.

Esto leo; pero mis noticias difieren de esa.

No fué el fraile el que trató de violentar á la niña de siete años; fue ésta la que, dejándose llevar de los impuros deseos propios de su edad, procuró manchar la virginal pureza del Hermano, arrastrándole á cometer un acto infame.

La falta de creencias religiosas no puede dar otro fruto. Hoy las niñas de siete años, encenagadas en el vicio, buscan preferentemente seres puros para inocularles su lasciva ponzoña. Por esto cada día resulta víctima de sus brutales apetitos algún fraile.

Si esto continúa, porque las autoridades no ponen coto á esas incipientes sacerdotisas de la inmoralidad, va á ser preciso, ó echar de España á los pobrecitos frailes para que no los pierdan, ó que acompañe á cada uno por la calle una pareja de la Guardia civil. Unicamente así podrán verse libres de las asechanzas que la lujuria recalcitrante y veterana de las niñas pone á su reconocida virtud.

Ruego á los tribunales que sean inflexibles en la aplicación del castigo á esas livianas niñas, corruptoras de cándidos monjes, para acabar de una vez con tanta infamia y tanto escándalo.

1895

Dudas y misterios

Comienza así un artículo que publica un periódico católico, refiriéndose á la muerte de Valdeck-Rousseau:

«Tamb én mueren los perseguidores de la Iglesia. Nadie escapa á la suprema justicia; y los que aquí burlan, ó mejor dicho, pretenden burlar la ley divina, hallan bien pronto el merecido castigo apenas traspasan el umbral de la misérrima vida humana para abismarse en las acusadoras verdades de la vida eterna.»

A continuación de ese artículo viene otro que empieza así:

«El telegrafo nos ha comunicado la triste nueva del fallecimiento del excelentísimo señor D. fray Ramón Martínez Vigil, obispo de Oviedo, que ha muerto casi repentinamente en una quinta de Somió en la que se había detenido de regreso de la visita pastoral.»

Vemos aquí, por lo pronto, que también mueren los defensores de la Iglesia, y algunos de tal modo, que hace difícil, si no imposible, su ingreso en la mansión celestial. (Suponiendo que la haya, que ya es suponer).

Valdeck-Rousseau, segun ese periódico, recibió los últimos auxilios de la Iglesia, y puede ser perdonado.

Vigil no los recibió, y, por consiguiente, se verá apuradillo para salvarse, ó no hay que creer ya lo que sobre esta materia se nos dice.

El expresidente del Consejo de ministros francés murió rodeado de las personas que le amaban.

El obispo de Oviedo no tuvo tiempo ni para estrechar la mano de ninguna.

Es decir, que si hay Dios, é interviene en todo, como los católicos aseguran, se ha cuidado más de la salvación del alma de Valdeck que de la de Vigil.

Y no andaremos con anfilogías.

Si es forzoso recibir el viático y la extremaunción para salvarse, Valdeck-Rousseau puede ir al cielo, por que se los administraron; y Vigil no, por que se fué sin ellos.

Ahora, si cabe ir al cielo sin recibirlos, ambos pueden encontrarse allí; mas en este caso habrá que abandonar la cruel costumbre de administrar sacramentos á los moribundos, llenándolos de terror sin necesidad y acelerando su fin. Si lo mismo se alcanza la salvación con ellos que sin ellos, ¿para qué martirizar á los creyentes?

Es posible que todos estos puntos los tenga resueltos la teología, ciencia explicativa de todo absurdo; pero como yo no lo sé, ni me importa, aguardaré á recibir noticias de

donde están los dos muertos, para formar mi composición de lugar.

1904

Los santos asilos

Y diz que entraron unos ladrones en el convento de monjas de Benicasín.

Y que lo primero que se echaron á la cara fué á cuatro curas que estaban divirtiéndose con ellas.

Y que algunas esposas de Cristo se desmayaron, como es de rigor en tales casos.

Y que los ellos escaparon sin cuilarse si quiera de recoger los manteos.

Y que los nocturnos visitantes se llevaron cuanto pudieron, respetando caballerosamente el pudor de las monjas.

Todo lo encuentro natural y con gran dosis de buen sentido lo último. Comprendieron sin duda los ladrones que hay competencias imposibles, y no quisieron exponerse á un fracaso.

En vista de la frecuencia conque pernoctan en los conventos de monjas vírgenes varones castos, me aterra la idea de que un poder sobrenatural levantara una noche dada los tejados de los santos asilos.

Pues pudiera ocurrir, y el Señor me perdone el mal pensamiento, que no en todos se conservase incólume el voto imposible. ¡Incitan tanto al pecado el obstáculo, el misterio, la ocasión, la sombra!...

Y entonces ¡qué descrédito caería sobre Nuestra Santa Madre Iglesia!

Sí, sí; vigílense los conventos de monjas,

para impedir que el pícaro Satanás introduzca en ellos algún curá que pudiera olvidarse de que estaba en lugar sagrado y que todas las hembras en él albergadas eran puras é impecables.

1904

¡Que venga

Comentando la noticia de la posible venida del Papa á España, preguntó un periódico si con ella mejoraría el estado de la agricultura.

La pregunta, irreverentemente positivista, pues tiende á aplicar el tesoro de gracias espirituales que él nos traería al cultivo de las zanahorias, por ejemplo, ha sacado de sus casillas al órgano del Congreso Católico, que escribe un largo artículo enumerando las mil y una gangas que se nos entrarían por las puertas si León XIII se viniera á vivir entre nosotros atraído por nuestro carácter simpático y flamenco; y proponiendo que se le destine para residencia el soberbio monasterio del Escorial, y que, para decoro de su sagrada persona y para garantizar en algún modo su independencia, se le ceda en absoluta soberanía un territorio alrededor del monasterio, por pequeño que fuese, aunque no no consistiera más que en un coto redondo de radio de una legua, contada desde el centro de la nave de San Lorenzo.

¿A quién no seduce tan hermosa idea? A mí me entusiasma.

Vendría el Papa, se le haría el insignificante regalo de ese monumento que apenas

si costó á la nación unos cientos de millones, y una vez en posesión de su legua redonda, procedería á nombrar sus autoridades temporales al par que eclesiásticas. El gobernador de la ciudad santa sería un obispo mofletudo, y simpaticote; el alcalde un canónigo de buen ver; para mandar el ejército del naciente Estado podría echarse mano del carcunda Bocos, y para cronista pontificio ¿quién mejor que Carulla?

La población de El Escorial aumentaría prodigiosamente. ¡Buenas son las gentes de Iglesia para no poblar aunque sea el desierto de Sahara! Las conejas que se crían en los sotos contiguos á San Lorenzo se morirían de envidia al ver la fecundidad de las numerosas amas de clérigo que acudirían al santo recinto.

Un inconveniente se presentaría á la curia romana de El Escorial, y es que, como allí no hay catacumbas, tendría que suprimir el productivo comercio de reliquias de santos y mártires; pero aun eso sería fácil de arreglar. Con un poco de buena voluntad y puños para hacer excavaciones por aquellos vericuetos, no faltarían osamentas más ó menos humanas que podrían servir para el caso. Después de todo, los propietarios de esos restos no habían de venir á desmentir la de autenticidad de la mercancía.

Por otra parte, los vecinos de la villa del oso y la Compañía del ferrocarril del Norte marcharíamos al pelo. Teniendo al Papa casi á las puertas, como quien dice, ¿quién sería el madrileño que por míseros seis reales no hiciera el viaje de ida y vuelta, trayéndose de retorno una bendición papal y hasta una *papalina* si se terciaba?

¡La fiebre de fervor y de juergas que se iba á desarrollar en la corte lo menos una vez por semana! Se pondría á la orden del día este diálogo entre la gente del bronce:

—¡Fulana!

—¿Qué?

—Prepara la merienda, la bota y la guitarra, que nos vamos á ver á León XIII y de paso al *Manchao*, que mata seis novillos.

Si además se tiene en cuenta el chaparrón de gracias espirituales que nos llegarían fresquitas con el viento de Guadarrama, ¿quién será el madrileño que no suspire por tan augusta visita?

Nada, que venga, que venga cuanto antes el padre común de los fieles, para que nos divirtamos un poco.

¡Estamos tan aburridos!

1889

En defensa propia

¿Que no soy partidario de que las iglesias y conventos se conserven? ¿Quién lo dice?

Al contrario, creo que todos esos edificios pueden tener aplicación provechosa con sólo desahuciar á sus inquilinos y derribar las torres y los adminículos que les dan carácter religioso.

Unos para escuelas, otros para talleres, éstos para hospitales, aquéllos para cuarteles, y algunos para bodegas, pueden y deben conservarse y utilizarse.

La Iglesia católica aprovechó para su culto las mezquitas de los mahometanos y las sinagogas de los judíos desinfectándolas con

una bendición: imitémosla nosotros, hoy que la religión nuestra, Libertad, Trabajo y Ciencia, que ha venido á sustituir á la suya, carece de templos para su culto.

Se dice también que soy enemigo de la libertad, porque me dedico á la moralización de los curas, cuando lo que á la libertad conviene es que cometan muchos delitos y crímenes para que el pueblo los vea cual realmente son. Reconozco que no va des-caminado quien tal dice; mas cada hombre tiene sus debilidades, y la mayor mía es sentir amor entrañable hacia la clase *parroquidérmica*; allí donde hay un cura, allí están mis simpatías.

¿Qué retardo con mis defensas el triunfo de la buena causa, y los clérigos, contando con mi apoyo y protección, se insolentan y cometen actos que no ejecutarían sin la seguridad de que yo les guardo las espaldas? Lo lamento, mas no por eso desistiré de moralizarlos. Será un contrasentido, una aberración, mas no puedo obrar de otro modo; mi lema es éste:

O moralizo al clero, ó me suicido el mismo día que cumpla mil años.

1883

Punto filipino

El protagonista de esta historia se llama Juan, trabaja de presbítero donde le sale, y vive en la calle de San Agustín.

Hace pocos días salió en varios periódicos un anuncio en que se decía que un pobre sacerdote enfermo solicitaba el auxilio de las almas caritativas.

Pues bien; el enfermo era Juan; pero su dolencia le molestaba tan poco, que podía sufrir á dos amas que tenía en su presbiterial domicilio.

Entre los tres armaban cada pelotera que cantaba el credo, en las cuales no siempre llevaba la mejor parte el mosen. De una de ellas sacó herida la mano de bautizar y cobrar responsos.

Cuando alguna señora caritativa, atraída por los anuncios de la prensa, se presentaba á socorrerle, se metía precipitadamente y vestido en la cama, con sotana ó sin ella, según le cojía.

Mas de una dama sentimental, creyendo por la oscuridad de la alcoba que las mangas de la sotana lo eran de la camisa, decía mentalmente:

—¡Pobre señor cura! ¡qué desgracia! No se debe mudar más que por quinquenios. ¡Qué negra tiene la ropa interior!

Pero en cuanto la visitante se largaba, dejándole dos, tres, cuatro ó cinco duros como donativo, saltaba del lecho y se ponía á bailar con sus odaliscas, bendiciendo á la Providencia que tanto tonto cría y conserva.

Todas las mañanas mandaba en alta voz á una de sus sirvientes, digámoslo así, que le subiera un panecillo francés para tomar el chocolate antes de ir á sus habituales ocupaciones.

¿Decía misa después? No creo que cometiese tan atroz sacrilegio, por más que haya quien afirme que la decía á las ocho.

Finalmente, tantos y tan repetidos escándalos dió aquella sacra familia, que los vecinos, por unanimidad, dirigieron una exposición al casero para que la expulsara.

Ahora se ha ido á vivir á una calle inmediata á la plaza de Oriente, la del Viento.

No es mal salto, pero, ¿qué vale comparado con los que da ese cura por encima de la disciplina eclesiástica, y las conveniencias sociales? Apesar de eso, no faltarán damas católicas que contribuyan á sostener la vida de disipación que lleva.

Si se tratase de un padre de familia que no tuviera pan para sus hijos, ya procurarían antes de darle una libreta á son de bombo y platillo (si se la daban,) investigar hasta los menores detalles de su vida privada, sus creencias, su modo de pensar; pero tratándose de un padre de almas, no necesitan investigaciones.

El pabellón cubre la mercancía; la sotana al buscavidas.

1393

Duda sin resolver

Hablando con un amigo, hombre de gran ingenio, me expuso una duda que no acerté á resolver. La siguiente:

«A mi entender, en el padrenuestro se infiere una ofensa á Dios: fíjese usted bien en esta frase: «y perdónanos nuestras deudas, *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*»; es decir, te pedimos que nos imites, que hagas lo que nosotros hemos hecho por nuestra propia iniciativa; que tomes ejemplo, tú, que eres *perfecto*, de nosotros, que somos *imperfectos*; en suma, que aprendas lo que debes hacer en tus relaciones con nosotros, y que no es más que lo que nos-

otros hacemos con los demás, ya que no te has dignado enseñarnoslo de tu propia voluntad, sin duda por no habérsete ocurrido. Por más que hago para explicarme el sentido de esa frase, no le hallo otro que el ya dicho: una ofensa á Dios. ¿Puede usted sacarme de esta duda?»

—No, le respondí; entre otras razones, porque en las cosas de la Iglesia no veo nunca claro; no soy tan afortunado en esto como D. Quijote en explicarse aquello de *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal modo mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura*. Pero tengo la seguridad de que algún teólogo habrá desentrañado tan diáfana y perfectamente el sentido de esa frase oscura, que la haga tan comprensible como los misterios de la Encarnación, de la Trinidad, etc., etc.

Por tanto, no perdamos el tiempo en discutir esa frase, ni hagamos tampoco uso de la anterior: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*, porque realmente no es Dios quien nos proporciona el pan, sino nuestro trabajo; bien claramente se lo dijo á Adán al desahuciarle del Paraíso: *ganarás el pan con el sudor de tu frente*. Trabajemos, pues, cada uno en lo nuestro para que venga á *nos* el pan, única manera de que nos llegue, y cumpliremos así el mandato divino.

—¿De modo que, según eso, usted opina que no es absolutamente preciso rezar el padrenuestro para obtener el pan nuestro de cada día?

—Ni mucho menos.

—¿Y que no debemos preocuparnos de que lo del perdón de las deudas sea ofensa á Dios ó no lo sea?

—Lo mismo. La frase viene repitiéndose desde que se inventó el padre nuestro, y nadie ha visto en ella ofensa para Dios, acaso porque tenga una explicación plausible, que ni usted ni yo alcanzamos. ¿Que no tiene explicación y que se repite rutinariamente sin fijarse en el contrasentido? Y á nosotros ¿qué? ¡Apenas si hay cosas que ignoramos para que vaya á preocuparnos una más! ¿Que la tiene, y á nosotros no ha llegado? Pues aguardemos tranquilamente á ver si llega, y entretanto procuremos hacer buenas digestiones, ya que *la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago*, según decía D. Quijote, al que hoy me ha dado por citar.

Y ruede la bola, y sea lo que Dios quiera.

1912

Lid sangrienta

Estaban ambos en la sacristía de Sartaguda: párroco y coadjutor.

Por algo que ignoro, comenzaron á soltarse pullitas acabando por darse de trompadas. El segundo rompió al primero las gafas, lesionándole un ojo.

Los gritos que daban eran descomunales. ¡Curas, y furiosos, y en sacristía! Pavura pone en el ánimo más valeroso representarse la escena.

¡Y la imagen del crucificado allí, delante de ellos, sangrando, con el costado abierto, las manos y los pies agujereados por duros

(Continuará).